

Situación del oso pardo cantábrico (o los problemas de la alimaña convertida en mascota)

Juan Carlos García Codrón

Departamento de Geografía, Urbanismo y Ordenación del Territorio

Universidad de Cantabria

Patronato de la Fundación Oso Pardo

garciaj@unican.es

Introducción: el oso pardo cántabro-pirenaico

La aparición de la familia de los úrsidos se produjo en el Mioceno aunque la mayoría de sus especies han evolucionado y se han ido sucediendo muy rápidamente. Ello ha permitido la progresiva diferenciación de unos y otros osos y su adaptación a toda clase de hábitats. Así, entre las ocho especies actuales encontramos animales muy distintos que ocupan desde las costas de Groenlandia o la tundra ártica hasta la pluvisilva de Borneo, que pueden acercarse a una tonelada de peso o que no superan unas decenas de kilos, especies de espacios abiertos o «cuasi acuáticas» frente a otras arborícolas y, por fin, osos carnívoros y de carácter agresivo junto a otros tímidos y vegetarianos.

El oso pardo (*Ursus arctos*) apareció en Asia hace unos dos millones de años. Sin embargo, mostró una gran versatilidad, en parte favorecida por una inteligencia que le permite adaptarse a medios y circunstancias muy distintos, y rápidamente ocupó todas las regiones de climas templados o moderadamente fríos del hemisferio norte. Su llegada a Europa no se produjo hasta hace unos 250.000 años siendo probablemente la Península Ibérica y el Magreb las últimas regiones en ser ocupadas.

Todo lo anterior hace que el oso pardo sea el más extendido del mundo. Pero, además, la necesidad de adaptación a hábitats muy variados y cam-

biantes (téngase en cuenta que su evolución se produce a lo largo del Cuaternario) explica la relativa diversidad de sus diferentes poblaciones y ha dado incluso lugar a nuevas ramas filogenéticas, como la del oso polar, *Ursus maritimus*, que evolucionó a partir del primero hace 40 a 60.000 años y que se extendió rápidamente por los entornos más fríos del hemisferio boreal. Así, el comportamiento e incluso el aspecto del oso pardo americano presentan diferencias muy importantes respecto a los del europeo del mismo modo que, dentro de nuestro continente, el oso pardo cantábrico muestra rasgos peculiares que le hacen ser distinto a sus congéneres de los Balcanes o de Rusia.

Entre las particularidades del oso pardo cantábrico actual (o pirenaico, puesto que se trata del mismo) se pueden mencionar su pequeña talla, pelaje oscuro, breve hibernación y tímido carácter. Además, pese a ser un animal omnívoro, presenta una tendencia especialmente marcada al vegetarianismo: el aporte vegetal a su dieta supera el 85% del total en todas las épocas del año (y sólo los frutos de árboles y arbustos suponen más de la mitad de su alimentación) mientras que los alimentos de origen animal son insectos, principalmente hormigas, carroña y algunas piezas eventualmente cazadas por el plantígrado.

Las especies que constituyen su dieta varían estacionalmente de acuerdo tanto con los ciclos vegetales como con los del propio animal produciéndose un uso secuencial de los recursos que se van reemplazando a lo largo del año. De esta forma, en primavera la alimentación se basa en las herbáceas así como en insectos y restos de carroñas con los que el animal recupera fuerzas tras la estación invernal. En verano la nutrición se basa en los frutos carnosos (arándano, manzanas, moras...) mientras que en otoño el oso busca alimentos de alto contenido energético como los frutos secos con los que acumulan reservas para el invierno. No obstante, es un gran glotón que no rechaza ninguna clase de alimento y que pierde literalmente la cabeza por las que son sus golosinas favoritas (como, por ejemplo, la miel).

La búsqueda de alimento ocupa la mayor parte de la jornada de un oso y es uno de los factores que más determina sus movimientos y uso del territorio y, a través de ellos, la posibilidad de entrar en conflicto con los intereses humanos.

Contradicciones de una difícil coexistencia

La aparición y expansión del oso pardo coinciden aproximadamente con las de la especie humana lo que ha forzado una coexistencia en la que ha habido algunas situaciones de complementariedad y muchas de conflicto. Tal convivencia no ha sido fácil para ninguno de los dos contendientes y para el oso, el verdadero derrotado del encuentro, ha supuesto una continua pérdida de población y de territorio.

Todo parece indicar que durante el Holoceno Reciente el oso pardo campeaba sin problemas por la totalidad del noroeste peninsular. Aunque constituía sin duda una pieza de caza frecuente para los habitantes de la época, la escasa población humana y, frente a ella, la gran extensión de espacio mínimamente transformado debieron permitir el mantenimiento de una importante presencia osuna.

Con el paso del tiempo, la extensión de las actividades agrarias y la transformación consiguiente del territorio fueron fragmentando y reduciendo el hábitat osero y arrinconando progresivamente al animal, que tolera mal la presencia humana, y cuyo mapa de distribución empezó a presentar grandes vacíos a partir de la Edad Media. Al mismo tiempo, el oso sufrió las consecuencias de una presión cinegética excesiva que no conoció tregua durante muchos siglos. Considerado como la mejor pieza posible del territorio peninsular, su caza debería haberse reservado a la realeza y a la nobleza. Sin embargo, los habitantes de las comunidades rurales nunca dejaron de matar osos para defender su territorio, cosechas y ganados así como por razones puramente económicas: del oso muerto se aprovecha prácticamente todo e incluso ciertas partes eran muy apreciadas por razones que tienen más que ver con la magia o con la superstición que con sus virtudes reales y adquirirían un valor verdaderamente alto (suficiente en todo caso para seguir estimulando la persecución).

Pese al acoso sufrido, el oso pardo, paradójicamente, nunca tuvo mala prensa en el imaginario colectivo que le representaba como un rival al que se admiraba y respetaba. Y si numerosas descripciones lo definen como «feo, voraz o libidinoso», eso se debe a que la comparación solía hacerse no con otros animales, a quienes se supone que supera, sino con las personas. Así, «el oso», siempre designado en singular y con cierta circunspección, se hizo un hueco muy importante en la mitología, toponimia, heráldica, entre los nombres o los mote que se daba a la gente o entre los personajes de las fiestas de los pueblos.

A pesar de ello, la disminución del número de osos y el retraimiento de su área mantuvieron su inexorable tendencia de forma que durante la Edad Moderna fueron desapareciendo sucesivamente del Sur y del Este peninsulares, del Sistema Central, del Ibérico y, por fin, de las montañas de Zamora y del centro de Galicia para quedar relegados a los Pirineos y Cordillera Cantábrica (que, a partir del siglo XIX quedan a su vez definitivamente separados). En el resto de Europa Occidental la situación es aún peor y los osos desaparecen de la mayor parte de los países aislando irreversiblemente a las poblaciones ibéricas.

El retroceso alcanza su momento culminante hace un par de décadas coincidiendo con la máxima fragmentación del hábitat osero por la multiplicación de grandes embalses, extensión de las actividades mineras por numerosas valles de la Cordillera Cantábrica que habían conservado una gran calidad ambiental, y fuerte densificación de la red de comunicaciones y de pistas forestales con el consiguiente aumento de la presencia humana en todos los enclaves oseros.

Es entonces cuando la población pirenaica reduce sus efectivos por debajo del umbral de la sostenibilidad y cuando el área cantábrica se fragmenta en dos núcleos diferenciados.

En aquel momento los problemas o hechos que llevaron a la especie al borde de la extinción en nuestro territorio eran numerosos y muy difíciles de combatir a pesar de que las mejores masas forestales empezaban a ser protegidas y de que una creciente sensibilidad social iba creando un clima adecuado para la adopción de medidas legales de protección cada vez más eficaces. Sin embargo, la crisis de la economía de montaña y la interminable agonía de la minería, con el correspondiente drama de las pérdidas de empleo en el sector, hacían muy difícil implantar una política proteccionista que entorpeciera las actuaciones de los ayuntamientos o de las empresas mineras. Estas circunstancias eran además terreno abonado para la proliferación de actividades más o menos fuera de la legalidad, en particular la caza furtiva, con las que muchos conseguían, si no ingresos, sí un prestigio y una notable reafirmación social (es significativo que una de las últimas personas convictas de haber matado ilegalmente un oso durante la década de los ochenta terminó ocupando un sillón de alcalde gracias probablemente a la popularidad que obtuvo tras aquella acción).

El difícil problema de vender la piel del oso... dejándole vivir

El panorama actual difiere bastante del de hace un par de décadas y aunque los factores que tradicionalmente han comprometido la conservación de la especie no han desaparecido completamente, en general, la presión se ha reducido bastante o ha adquirido formas nuevas y, aparentemente, menos peligrosas. Sin embargo, ni se tiene la certeza de que todos los cambios sean positivos ni de que sus efectos lleguen siempre a tiempo para el oso pardo cuya población total es de unos 70-80 individuos en la Cordillera Cantábrica y de media docena en el Pirineo donde, en su forma autóctona, el animal está abocado a una inmediata extinción.

La fragmentación y deterioro del hábitat osero parecen haberse detenido y, en muchos lugares, se observa una disminución de la presión agraria que está permitiendo la recuperación espontánea de la cubierta vegetal: amplias extensiones de escobales o de brezales recubren hoy lo que hasta hace un par de décadas eran zonas de pastos o tierras de labor mientras que numerosos rebollares o bosquetes de abedul vuelven a adueñarse de las laderas. Al mismo tiempo, ha desaparecido prácticamente la explotación maderera de los bosques y su sustitución por plantaciones de especies de crecimiento rápido ha dejado de ser una práctica habitual.

Se puede hablar, por tanto, de una recuperación de la naturalidad de amplias zonas de la Cordillera. Sin embargo, paradójicamente, las consecuencias de este hecho son inciertas para la conservación de una especie que se ha acostumbrado a vivir en un medio muy antropizado y que ha incluido los espacios

humanizados en sus complejas estrategias vitales. La desaparición del ganado en el monte y, con él, de los pastos de montaña y de algunas de las prácticas agrarias tradicionales (entre las que se pueden incluir algunas tan «duras» como las quemadas de pastizales) conllevan una reducción de la biodiversidad y de la riqueza paisajística de la región.

Simultáneamente, la minería ha perdido presencia aunque, en aquellos lugares en los que aún se mantiene, la presión no se ha reducido. Ello ha producido una concentración e intensificación relativa de los impactos en algunos sitios, sobre todo en el occidente cantábrico, frente a una disminución de la presencia humana y de las molestias en otros (como, en particular, en la Montaña Palentina). No obstante, sorprende constatar hasta qué punto los osos se han acostumbrado al trasiego propio de la actividad extractiva y han aprendido a discernir entre lo que puede resultarles peligroso y lo que no. Gracias a ello, y dado que no se guían por nuestros criterios estéticos, no es infrecuente observar osos moviéndose muy relajadamente por repulsivas áreas de escombreras o a algunas decenas de metros de la carretera por la que están transitando polvorientos camiones cargados de carbón... con tal de que ningún conductor ponga pie a tierra. Los camiones o la ruidosa maquinaria no se identifican como enemigos aunque sí sus conductores.

Una última novedad destacable en las áreas oseras ha sido la progresiva sustitución de una economía agraria y minera por otra basada en el turismo y en las actividades de ocio al servicio de una demanda básicamente urbana. Se trata de una tendencia imparable en todo el mundo desarrollado pero el fenómeno ha aparecido muy tarde en la Cordillera Cantábrica (con la excepción de los Picos de Europa, que sufren una afluencia masiva desde hace varias décadas pero en los que la presencia de osos es muy esporádica).

Como en los casos anteriores, esta situación tiene sus luces y sus sombras: el turismo está suponiendo una importante inyección de recursos en comunidades rurales depauperadas y carentes de expectativas y, como tal, debe valorarse positivamente. Por otra parte, esa afluencia contribuye a la aceptación de las distintas figuras de protección, que actúan de reclamo, y eso facilita la adopción de medidas tendentes a la defensa del oso. Sin embargo, es difícil evitar que el oso mismo se convierta en el reclamo y que un número cada vez mayor de personas acudan, a veces desde fuera de España, con el único objetivo de observarle lo que, a todas luces, es incompatible con la supervivencia de la especie. En todo caso, la simple sobrefrecuentación de las áreas oseras y la multiplicación de las molestias en ciertas épocas del año constituye probablemente el mayor peligro con el que se enfrenta el animal en la actualidad.

Otros problemas tradicionales parecen ir disminuyendo. Es el caso del furtivismo, castigado ahora por vía penal y dificultado por una vigilancia mucho más eficaz y una actitud de colaboración creciente por parte tanto de la población «de a pie» (que, de forma mayoritaria, «simpatiza» con el oso) como de los propios cazadores. El furtivo ha dejado de ser «el más macho» del pueblo para convertirse en un delincuente que ya no es jaleado más que en medios

muy marginales. Sin embargo, aún mueren osos bajo los disparos o atrapados por lazos destinados a capturar ilegalmente otros animales... pero que matan de forma indiscriminada.

Gestión e interrogantes

La evolución favorable de los últimos años se ha traducido en una reducción de la mortalidad y en la estabilización de la población. Evidentemente, ello no es suficiente pero permite albergar esperanzas ya que de haberse mantenido la tendencia demográfica que existía hace un par de décadas la especie habría desaparecido en España.

Sin embargo, el diseño de los planes de protección y recuperación se enfrenta con interrogantes que podrían hipotecar su eficacia:

1. La escasa población actual implica una situación de endogamia y no existen precedentes comparables para saber si ello puede conducir a un irreversible empobrecimiento genético o a una excesiva vulnerabilidad frente a determinadas enfermedades.
2. No hay seguridad de que el comportamiento del animal en una situación de «estrés» demográfico y ambiental se mantenga dentro unas pautas «normales». Las señales de alerta son muy numerosas pero, simplemente, baste recordar que en algunos parques nacionales de los Estados Unidos los osos han aprendido a romper las ventanillas de los coches para robar comida... Por otra parte, sus costumbres sexuales, de las que depende la reproducción, pueden verse gravemente alteradas en caso de escasear las parejas o de sufrir excesivas molestias por parte de sus vecinos humanos.
3. Tampoco es fácil prever cuál va a ser la evolución espontánea del medio natural a medio plazo y cuál va a ser la respuesta del oso a tal evolución. Así, durante la última década se están observando constantemente individuos que se mantienen activos durante todo el invierno (situación que es prácticamente única en el mundo y que no está documentada con anterioridad) ¿se trata de una adaptación a la evolución reciente del clima o de un cambio de comportamiento consecuencia del «estrés» que sufre la especie?
4. Por fin, existen dudas en relación con la propia popularidad que hoy beneficia al animal. Los planes de recuperación son costosos y lo que ahora es asumido sin problemas podría dejar de serlo en otro contexto sociopolítico o, simplemente, cuando el oso deje de estar de moda. A ello hay que sumar que su carácter simbólico le hace particularmente vulnerable y existen peligros como que los pocos que quedan se conviertan en puros animales de espectáculo, que no tengan más interés que como reclamo turístico, o que sean víctimas de acciones «contra la administración» (con argumentos del tipo «si no se me concede lo que pido... mato al oso»).

Desgraciadamente existen precedentes de circunstancias parecidas y la posibilidad no debe descartarse.

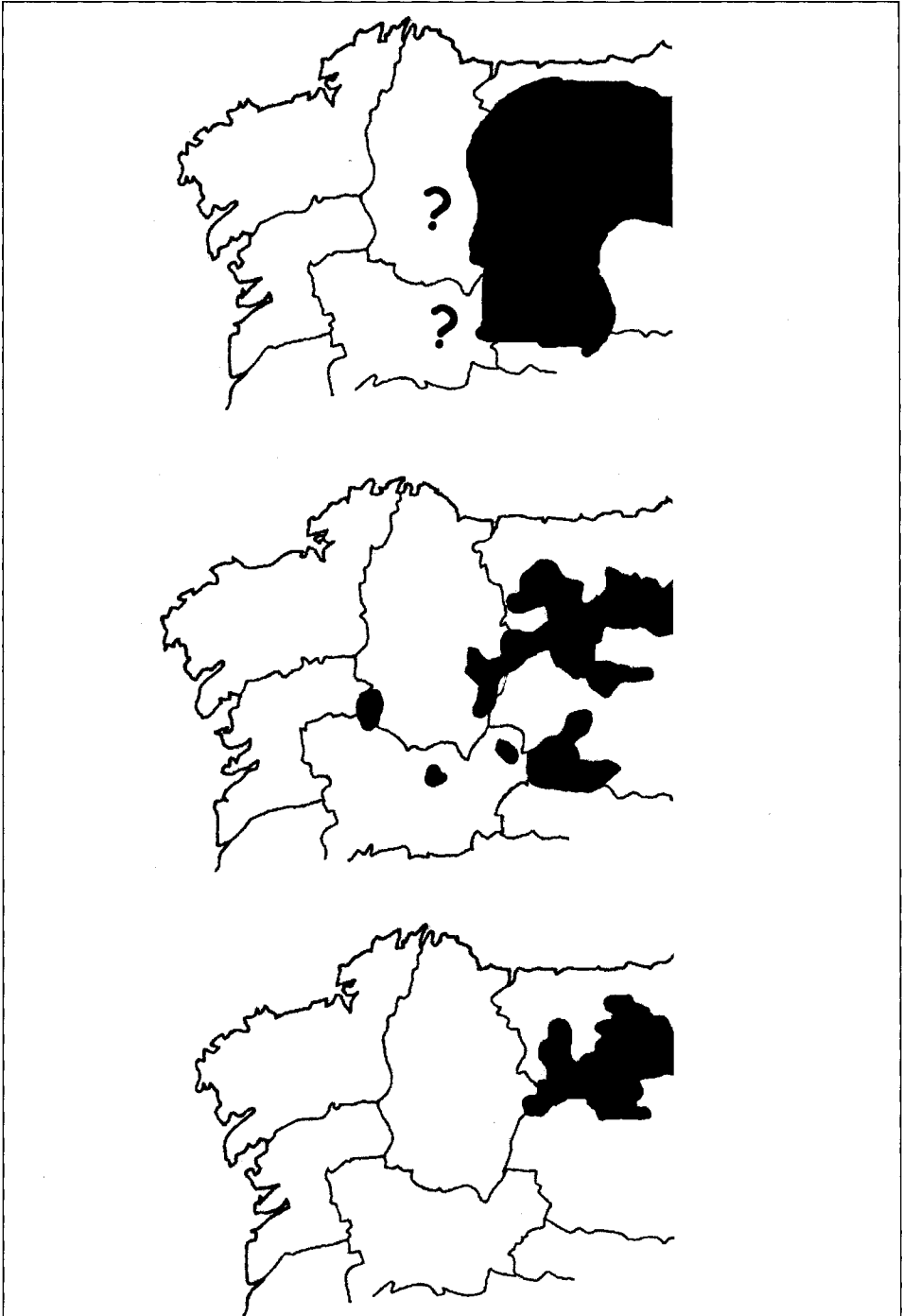
Pese a todo lo anterior, la constatación de que los habitantes de la montaña la quieren con osos y el convencimiento de que si éstos aún pasean por sus laderas es gracias, en parte, al desarrollo de un buen trabajo durante los últimos años, nos autoriza a seguir siendo optimistas sobre su futuro. O lo que es lo mismo, sobre el futuro de la Montaña Cantábrica y sobre el del patrimonio de sus habitantes.

Bibliografía

La información contenida en este documento es resultado de los trabajos realizados por la Fundación Oso Pardo. Entre la extensa bibliografía que existe sobre el tema, se recomiendan los siguientes títulos:

- FUNDACIÓN OSO PARDO (1998). *El Oso Pardo Cantábrico. El animal y su mito*. Santander:FOP-Reyero,.
- NAVES, J.; PALOMERO, G. (1991). *El oso en la escuela*. Oviedo: Principado de Asturias,.
- NAVES, J.; PALOMERO, G. [eds.] (1993). *El oso pardo en España*. Madrid: ICONA.

Figura 1



De arriba abajo, área de distribución del oso pardo en el Noroeste Peninsular deducida a partir del Libro de la Montería de Alfonso XI de Castilla (siglo XIV), del Diccionario Geográfico de Pascual Madoz (hacia 1850) y extensión actual.